



Las huelgas escolares

Hay entre los grupos de escolares protestantes de cualquier Universidad española dos castas típicas que jamás caminan juntas en la conquista de sus deseos y que se odian con un odio casi salvaje. Es una la casta de los revoltosos, de los botarates, compuesta por la chusma trashumante que va de una á otra Universidad en busca de la nota, que se irrita porque tal ó cual profesor pone el aprobado alto y que opone á la tiranía del maestro el grito y el insulto. Es otra la casta de los serios, de los convencidos, que ansían consolidar sus pensamientos y alzarse no en palabras, sino en hechos en contra de la ley que les ahoga.

No hace aún muchos días en Madrid, porque un profesor borró á unos alumnos de su lista, unos cuantos protestantes de oficio alzaron su grito en contra del profesorado y arremetieron con insultos groseros y con hechos contra una de las figuras más dignas del claustro madrileño, sencillamente porque aquél les dijo sin rodeos lo que realmente merecieron.

Esa fué labor de los rebeldes de oficio, de los que traen al campo escolar un espíritu cobarde, de los que ansían acabar pronto para regresar á su país en busca del oro que obtienen al estrujar su título, de los que pasan por la ciudad y no llevan tras sí ni un baño siquiera de cultura más ó menos fuerte.

El otro grupo, callado espera la hora de alzar su voz y librarse de tiranías con una protesta seria.

De él es claro ejemplo el grupo de los estudiantes salmantinos.

Aquí la ley es letra muerta para la entera clase y cuando por violación de un derecho llega la hora de la protesta, burlando lo legislado pero con la entereza del hombre fuerte, se impone siempre la opinión de la masa escolar, ó por el remache constante del ridículo ó por la fortaleza de la razón que siempre llevan en su espíritu.

No hay que hacer, pues, lo que los estudiantes madrileños hacen, protestar del acto de un

profesor que sujeto á la ley la cumple, hay que ir contra la ley misma, hay que hacer saber á los legisladores que la masa escolar odia las trabas que nos ciñen, que nosotros deseamos un estudio libérrimo, que nuestros deseos pueden tener el apoyo no de nuestros gritos y de nuestros insultos, sino de nuestras razones sanas y firmes. Esa labor es la encomendada á los que miran al porvenir, á los estudiantes que rompen la pared de la ley porque la necesitan para la conquista de la ciencia pura, á los convencidos que ahora elaboran á solas y en sus casas medios por los que puedan estrellar las tontas imposiciones de unos cuantos maestros pedantes que, envueltos en la ley, desgarran los proyectos robustos de ese número de escolares sanos.

Por eso es preciso que nos dejemos de gastar fuerzas en las calles y que reunidos en una reunión que pueda dar fortaleza á nuestros deseos, hagamos oír á los legisladores nuestras ansias para hacer una labor duradera que tenga por base la verdadera libertad de enseñanza que informa á las Universidades alemanas.

A Salvador Díaz Mirón.

(DE UN LIBRO INÉDITO)

He leído tus "Lascas,"; escóticos cantos,
Que á más de una virgen causaron espantos;
Tiñendo los rostros de intenso rubor.

He leído tus "Lascas," de piedras de simas;
He leído tus rojas fantásticas rimas,
Excéntrico bardo, valiente Cantor.

—
Tú, versos no tejes en finos cordajes
De liras sencillas; no forman encajes
Tus rimas modernas, que ciñen laurel.

Ni peñola usas ni cítara tocas;
¡Tus versos galantes de lascas de rocas
Los labras con áureo radiante cincel!

Son perlas que el iris formó con los llantos,
Tus líricas trovas; tus rítmicos cantos
Son vasos brillantes de luces de sol;
Facetas tus versos, que vencen las mofas
Y chispas fugaces tus ráudas estrofas,
Que giran y esplenden como un girasol!!

EDUARDO DE ORY.

Cádiz.

DE NUESTRA COLABORACIÓN

SONATA DE ESTÍO

En las márgenes frescas del río
Y después que la noche ha cerrado
Dominando el rumor de las hojas
Y el áspero canto
Que produce nocturna chicharra
Escondida en la copa del árbol,
Lejana se escucha
La canción misteriosa del sapo.

Ni arpegios, ni trémolos
A su canto lánguido
Matices añaden
Y complican el tema rimado:
Son dos notas: dos notas tranquilas
De tonos extraños,
Dos notas de flauta
De ritmo pausado,
Cristalinas, vibrantes, agudas,
Separadas por débil espacio
Que convierten en eco sonoro
La nota segunda
Del plácido canto...

Se ha dormido la tierra. En su torno
Los murmullos á un tiempo cesaron:
De su sueño letal dá una idea
El inmovil cristal del remanso
Con el verde manchón de espadañas
Que dormita entre juncos y fango...
Se ha dormido la tierra y por ella
Su sueño velando
Vespertina plegaria salmodian
Las hojas del álamo.

Más aún vibra en el aire sereno
Como un eco lanzado al espacio
El monótono ritmo argentino
Del rechoncho cantor solitario.
Sólo él vela en la noche tupida
Su llorosa balada entonando,
Sólo él rasga del mundo dormido
El inmóvil silente letargo.

La canción gutural se desliza
La linfa besando
Y al rizarse en concéntricas ondas
Tiembla el agua á su ténue contacto,
Como tiembla, al besarla el rocío,
La corola del loto sagrado...

Y allá lejos temblón y perdido
Otro canto responde á aquel canto
En monótono y flébil concierto
En acorde burlón y fantástico...

¡Extraño lenguaje
y acentos extraños!
Las trémulas notas,
¿Qué dirán en idiomas humanos?
¡Cómo arrecia su charla atiplada!
¡Cómo acortan el rítmico espacio!
A veces semejan
Quejumbrosos lamentos nostálgicos
Y á ratos parecen
Lluvia grata de armónicos blandos
Arrancada por mazos de plata
Sobre lira de vidrio templado...

La sonata da fin. Las estrellas
Parpadean y ocultan sus rayos;
La batalla del sol y las sombras
Va á librarse en los altos espacios,
Y temblando... murientes... ahogadas,
Despedida postrera han lanzado
Las dos notas de flauta silbante
Del canto del sapo...

ALBERTO L. ARGÜELLO.

León.

PROSA Y VERSO

¡Qué vergüenza!

I

Manolito se moría. Una noche... al salir del teatro... imprudencia de no abrigarse... una pulmonía... esa era la causa, lo decían todos, el médico mismo, no cabía duda... tenía que morir... morir. Y lloraba amargamente, con amagos de desesperación, viendo llegado el instante de su desdicha. Noches en vela, llorando, rezando, nada de comer, ni hablar, ni coser, ni leer, escribir sí, á él, muchas cartas, muy largas, apasionadas, feroces; conservarse siempre triste, en la estúpida desesperación que produce lo irremediable; esto era lo que le ocurría á Luisa desde que supo que su novio, Manolito, como ella le llamaba siempre, estaba muy malo,

gravísimo, con una pulmonía que acabaría por matarle.

Cuando estaba sola reflexionaba, pensaba mucho, muchas horas y terminaba siempre aterrándose ante su muerte, llorando mucho, inconsolable, sin fuerzas, adquiriendo su rostro amarillento ese indefinible gesto de los imbéciles.

Morirá sin verle, pensaba; sin vernos la última vez, sin decirle nada, ni adiós... Y su cerebro era barrenado por la idea, por la terrible, de ir á su casa... á su lado... un instante... á verle.

Pero tenía miedo, un miedo terrible á lo que se diría cuando se supiera, ¡lo que se hablaría de ella! y se aterraba, se mesaba los cabellos... sus nervios se contraían con violencia inaudita, y por las sienes la corría un sudor frío, é intenso, hijo de la fiebre.

Debo ir, se decía; ¿qué dirán de mí por eso? le adoro, ¿por qué no he de ir á verle? ir á ver al hombre que se adora, por quien se daría la vida... ¡que crimen! El mundo, con su inmensa necesidad, se reiría de ella, la llamarían loca... por eso no iba... por el miedo á las gentes, ¡á las gentes! ¡á los imbéciles!....

II

El enfermo se hallaba en tal estado de prostración que no le permitía ni hablar. Su pobre madre, á la cabecera de la cama, lloraba constantemente. ¡Pobre hijo! ¡se moría!

El enfermo abría alguna vez los ojos y articulaba levemente: ¡Madre!.. Noches enteras pasó en el estúpido delirio de la fiebre, de una fiebre altísima... de cuarenta grados. Todas sus palabras eran desaliñadas, incoherentes, gritos guturales, los gritos del que lucha con lo invencible, atroces barbaridades, sandeces, todo producido por la inconsciencia, por la brutal inconsciencia del agonizante.

Llamaron á la puerta, con aldabonazos salvajes, de desesperación... Y entró Luisa, desmelenada, los ojos ardiendo, los labios contraídos por la rabia, con respiración violenta, ruda, brutal, imperatiba, y se arrojó á la cabecera, cogiéndole las manos con feroz estrujón, besándoselas locamente, llorando, pronunciando incongruencias, maldiciones.....

III

Dos días después tuvo lugar el entierro. Luisa tuvo que ser sacada á la fuerza de casa de Manolito. Todo el mundo decía lo mismo: ¡Pobre chico! ¡veinte años! ¡tan joven!

Cuando por las calles pasaba el entierro, en un balcón había presenciándolo, varias jóvenes amigas de Luisa.

—Luisa ha estado á verle;—afirmó la que parecía más enterada; sufrió un desmayo la tuvieron que sacar á la fuerza; ¡que coquetería! ¡eso no tiene nombre! ¡ir á ver al novio á su propia casa! ¡eso es una indecencia! ¡que vergüenza!...

—¡Que vergüenza!—repitió al unísono la catterva de murmuradoras.

Mientras tanto Luisa estaba en su cuarto, llorando... rezando... y el aire movía lentamente las flores de la corona que ella depositó en la caja de Manolito.....

OCTAVIO.

Salamanca, 15 XI-905.

SEPARACIÓN

I

Y callaron los dos. Sus negros ojos volvieronse á mirarle tristemente, con luces de bondad en las pupilas, con sombras de amargura, dejando deslizar dos puras lágrimas por la mejilla sonrosada y tersa. Me tengo que marchar, le dijo ella; el destino brutal, rompió los lazos, para siempre, de amor, que nos unían; quiso el cielo romper nuestro cariño; no podemos luchar; la triste suerte eternamente nos separa, rígida, no podemos luchar... Dios lo ha querido...

II

No me llores mi bien ven á mi lado, nuestras almas jamás han de apartarse, hay que ser fuerte, hay que sufrir callando; no hay que luchar con quién se lucha en vano, hay que aprender á despreciar la vida, hay que ahogar en el pecho la ardiente tempestad que hay en el alma. Yo te he enseñado á amar; también te enseñé á que sepas sufrir, á ser estoico, á ser indiferente ante los hombres, el valor es ser fuerte en lo imposible, no me llores, mi bien, sufre en silencio... Ya se lo que me dices: que la muerte... aún es mejor morir que sufrir tanto. Dame la mano, quiero darte el beso que siempre guardes en recuerdo mío, tan puro como tú que me lo otorgas,

tan puro como lo es nuestro cariño,
tan puro cual la virgen.....

III

Solo habrá entre nosotros un recuerdo
de los sueños de amor que se pasaron;
y al pasar cada fecha memorable
lágrimas tristes bañarán los ojos.
Yo me iré repitiendo lentamente
estos versos que solo tú me inspiras,
para llorar con su tristeza honda,
para sufrir cantando.
Son mis versos las lágrimas amargas
que se escapan ardiendo de mis ojos,
y al deslizarse por el rostro abrasan.
Son mis versos arrullo de mi alma,
música santa, melodiosa y triste,
sueños de amor que concebí algún día,
dulce añoranza del pasado tiempo.
Yo te los cantaré cuando esté á solas,
y hasta tu oído las opacas sombras
han de llevar la música sonora
con que mi canto bañará el ambiente,
para que tú, amorosa, los recojas
y en tu regazo para siempre guardes.
Yo te hablaré con frases de cariño,
apasionadas, delirantes, dulces,
y al envolverme en añoranzas tristes
he de enviarte entre la sombra un beso...

IV

Llenó el aire un silbido prolongado
y el tren salió de la estación bramando;
dejando tras sí columna espesa
de humo azulado que flotó en el aire.
Entre las vagas luces del crepúsculo,
murió el amor eterno. Muere el día.
Dos almás que se juntan desde lejos,
dos cuerpos que se apartan para siempre,
dos pañuelos que flotan blanqueando
en señal de amorosa despedida.

.....
JOSÉ M.^a DE ONÍS.

...y el Código

Una ráfaga de aire ha acercado á mis pies
un papel doblado. La curiosidad pícara me ha
obligado á inclinarme para recogerle y he leído
lo que en él hay escrito. Una mujer escribe á
su ex-amante, un caballero de nombre respetado
en la alta sociedad madrileña. Le escribe y

le habla de un amor pasado; de un hijo olvidado
y de otras muchas cosas que me han horro-
rizado, produciéndome frio en lo más escondido
de mi corazón.

“Tú me engañaste—dice uno de los párrafos
de la carta—Andrés, el hombre honrado que
supo respetarme durante tanto tiempo, hubiera
cumplido su palabra haciéndome su esposa. Tú
me hiciste creer en un amor que estabas muy
lejos de sentir, y por tí le olvidé á él, á aquél
obrero pobre, que tanto me quería!..

“Te aprovechaste de mi pobreza, de que mi
madre agonizaba y yo no tenía para adquirir
las medicinas que habían de salvarla, y entre-
gándome un puñado de asquerosas, monedas
me sedugiste, hablándome al alma con palabras
tiernas que nunca había oído..”

“Sí—continúa—eres un infame: cuando sa-
bes que está á la vista el fruto de tu crimen; que
ya soy madre, pagas á un granuja como tu pa-
ra que con engaños llegue á esta casa, donde
la caridad de una familia honrada me tiene re-
cogida y me robe las cartas que denuncian al
padre de mi hijo, único tesoro con que él conta-
ba para el mañana..”

“Quiera Dios—termina diciendo—que algún
día este niño, este ángel que hoy no puede ha-
cerlo, llegue á echarte en cara el mal que ha-
ces..”

¡Siempre igual! ¡Hombres sin corazón que
con instintos de macho en celo, hacen de la mu-
jer instrumento de goce que se desecha cuando
produce hartura! ¡Infelices mujeres que en-
tregan su honra al señorito gallardo y elegan-
te, ansioso de goces sensuales, buscando en
sus brazos halagos de la suerte, amor riquezas
y caricias desconocidas por ellas, para encon-
trar más tarde, cuando esté satisfecho el deseo
del apuesto galán, abandono y desdicha, oyen-
do á un ser hijo del suyo que la pide pan que
no puede darle, y sintiendo en su estómago va-
cío que el hambre la llama con urgencia feroz.

Cuando la mujer que ha escrito la carta que
el aire ha acercado á mis pies y la curiosidad
pícara me ha obligado á leer, no tenga que co-
mer y oiga los lamentos de niño enclenque que
lanza su hijo, el hijo de su carne ¿qué hará?

¡Triste pregunta! Si su físico no es aceptable
para el placer carnal, pedirá limosna de puerta
en puerta con su hijo en los brazos, pero si por
el contrario es joven y bonita, no faltará algún
caballero que con *bondad* sin límites, la ofrez-
ca *protección* á cambio de deleites lascivos y
ella tendrá que aceptar vencida por el hambre,
por ese sufrimiento horrible tan conocido hoy
en nuestro país, emprendiendo así la odiosa ca-

rrera que hace morir á sus víctimas languideciendo, como flores marchitas, consumidas por el dolor del vicio forzado.

Y entre tanto que la mujer se acaba entregando su cuerpo sin gana al hombre que la paga, el causante de la desdicha suya, estará libremente buscando otra de quien hacer una víctima más, porque en España al que careciendo de trabajo que le dé para poder vivir, roba un panecillo con ansias de existencia, se le encierra en una cárcel lóbrega por algunos días para que al salir sepa lo que al entrar ignora, y al que con instintos de fiera hambrienta engaña á una mujer indefensa, robándola su honra y juvenil lozanía, único tesoro con que cuentan muchas, se le deja vivir en paz como hombre honrado.

¡Triste contraste, pero verdadera realidad en los artículos de nuestro Código Penal!...

FRANCISCO G. HIDALGO.

Torrijos (Toledo) y Noviembre 1905.

CUARTILLAS AJENAS

Problemas

PRIMERO

Gonzalo de Abreu, el más rico heredero del condado, el más apuesto galán de la comarca y el más noble por su sangre, de cuantos en cien leguas á la redonda respiraban, acostumbrado en su niñez á todas las sibariteces de la comodidad que los inmensos caudales de sus antepasados le permitían; bañado en su adolescencia en todas aquellas fuentes de cultura y trato social que los progresos de su época le ofrecieron; el hijo de padres cultamente aristócratas, en cuyas almas tenían asiento todas las intrasigencias y maldades que el más adelantado apóstol de la igualdad de los seres humanos fuera capaz de achacar á su más odiado rival, había concebido una pasión loca, decidida, horriblemente hermosa, inquebrantable, al parecer, por Aguilita la más juncal, garrida, limpia, modesta y honrada muchacha de cuantas vivían en el Cortijo que los padres de Gonzalo habían repartido entre los antiguos criados del palacio; pero ¡ay! que Aguilita era nada más que la hija de un antiguo cochero de la casa de Abreu.

Ni la más ligera mella produjeron los malos tratos en el amor de Gonzalo que parecía una cuchilla dispuesto á cortar por las más preciadas conveniencias de sus padres: tampoco los

halagos produjeron resultados favorables á la causa mantenida por aquellos apergaminados señores y menos aún las interminables proyecciones de lindas y acaudaladas damiselas dignas de la elevada posición de los Abreu.

Aguilita, la pobre, sufría y sufría y callaba.

Y venían á aumentar las penas de estos nuevos Abelardo y Eloisa las deficiencias de la educación de Gonzalo que criado para príncipe nunca hubiera sido capaz de ganarse su sustento; no había pues más remedio que aguardar la herencia y rogar á los Parcas cortasen los hilos de aquellas familias por el orden natural.

El amor que se sentían era cada vez más hondo, cada vez amor más hecho; de entrevista en entrevista en entrevista crecía en tales términos que ellos mismos se estremecían de miedo al leer en sus ojos la verdad de cuantas apasionadas frases dejaban salir sus labios; en ocasiones Aguilita, rodeada por los brazos de su amante, buscaba en la boca de éste el aliento húmedo que sus reseca fauces necesitaban, al sentir Gonzalo en su lengua y en su boca la calidez de los labios de su amada, el percibir sus dilatadas narices el sano olor de Aguilita y al aumentarse el cariño por su idolo el deseo por su hembra, entonces..... alguna vez penso con deleite en la muerte de sus padres.

¿Es lícito ó ilícito el pensamiento del jóven? En moral ya sé yo cual sería la respuesta pero ¿y en tu fuero interno sería la misma? Responde lector.

ALVARO MESÍA.

Salamanca-7-11-5.

EL JUEGO

Seguiré en sus garras
mientras viva, preso,
pues las ilusiones
que con el encuentro,
me dan alegría,
me prestan consuelo.
Y aunque cuatro tontos,
y aunque cuatro necios
me digan que el vicio
peor, es el juego,
mientras en el mundo
me resten dineros,
jugaré gozoso
con placer siniestro,
pues si pierdo, gano,
por que mato el tiempo
y, mientras transcurre,

las penas que dentro
del alma se agitan,
duermen un momento...
¡Bendito mil veces,
bendito sea el juego!

*
*

Si gano, gozoso,
con placer intenso,
recojo la vida
que me dá el dinero,
y entonces, alegre,
retoza en mi pecho
suave murmullo
de mágico acento
que va remedando
sutil tintineo
de lluvia de plata
que cae de los cielos...

*
*

Por eso bendigo
mil veces el juego;
que es en esta vida
el dulce consuelo
que aplaca y mitiga
los pesares negros,
que truecan la vida
de amor y misterios,
en algo muy lúgubre,
en algo muy tétrico...

EDUARDO GARCÍA GUTIERREZ.

LECTURAS CLÁSICAS

LITERATURA NORTE-AMERICANA

LLOYD MIFFLIN

EL VUELO

Trad. de F. de O.

Vamos sobre una nube, entre estrellas pasando;
el ángel mira y dice, su mano levantando:

«¿A qué mundo de todos estos, innumerables,
tenderemos el vuelo?»—Serenas é inefables
de una celeste música las notas van brotando,
en torno de la angélica cabeza están vibrando.

No hacía muchas horas que yo me había muerto,
y dije: «Deja que antes contemple este concierto
inmenso de los mundos, y, escogida una estrella,
en un rápido vuelo lleguemos hasta ella...»

Ah! ¿cual es aquel astro de brillantes fulgores
que tiñe ahora tus alas con rojos esplendores?
Contigo hasta esa estrella volar ahora querría,
y entre sus luces rojas feliz habitaría»—

Mis ojos contemplaban la estrella con placer,
mas, como el que adivina pensamientos de un niño,
respondióme mirándome el ángel con cariño:

—«esa estrella es el mundo donde moriste ayer».

CRÓNICA SEMANAL

Decididamente, los colegios electorales, como las taquillas de los teatros sin suerte, tendrán que clausurarse dentro de pocos bienios y explicar el cierre con el cartel reglamentario «por falta de electores».

Ese sagrado derecho del sufragio es ya un privilegio del que solo pueden aprovecharse los difuntos y alguna vez los ausentes.

Y no debe tomarse este sistema de retraimiento como un nuevo mal ó un mal en comienzo que empieza á difundirse; muy al contrario, esto de no votar más que los parientes y contertulios de los candidatos, es un síntoma de indudable adelanto, y demuestra que aún no se ha perdido por completo el sentido común en España.

¿Por qué no se votará? Confieso que el problema tiene carriles para todas direcciones y que la pregunta puede estudiarse hasta por el punto de vista matemático y desde luego como no; por el filosófico.

Si no fuese muy dura la contestación se podría condensar bastante y por esa misma razón de ser por demás gráfica la condense; no se vota «porque al pueblo soberano no le dá la soberana gana».

Esto ya es algo, un algo de voluntad, porque el no hacer requiere mucha más energía que el hacer, digan lo que quieran los tratados de psicología para escuelas.

Si se votase, si en España se ejerciese el derecho del sufragio, ¡entonces si que no tendríamos remedio!

Don Fulano, Don Zutano, todos los Don Fulanos y Zutanos que se han visto obligados por los amigos, pueden estarse quietecitos y no apresurarse á pedir la palabra para una alusión personal.

Todos ustedes, señores concejales electos, todos, desde Mazzantini, á quién hemos dado el título de sabiondo en todos los terrenos, hasta el más humilde y analfabeto, tienen sobra, dísimos méritos para llevar tras sí una legión de electores de los vivitos, no de esos otros pobres ciudadanos que votaron ya, hacia la vida de la verdadera sinceridad, la del sufragio indirecto.

Pero, arrostrando el que se ofendan cien generaciones de ediles, fenecidos en su vida pública, con alguien tenemos que encararnos los escritores de crónicas semanales, y alguien tiene que cargar con el consabido mochuelo.

Y ellos, esos seres indefinidos y por completo y por fortuna olvidados, deben ser, sin duda alguna, los culpables de la decadencia electoral.

Si yo aspirase á inútil, cosa que vendrá por sus pasos, sin que clame por ella, imitaría á los hermosos diputados de ruegos y preguntas y pediría una barbaridad de documentos, desde el primer censo, hasta el último y repasaría desde las costumbres frugales y sencillas de los primeros interventores,

hasta estos modernos, del «pavo con trufas y el rico champagne» reconstituyendo la historia universal del sufragio libre en la España libérrima...

Seguramente que de todo ello, sacaría poquisimo en limpio y sacaría, es muy probable, una pequeña consecuencia que explicaría á las claras, el por qué no se vota. Ustedes, amigos que leen esto, habrán sentido el placer que dá el triunfo alcanzado, y después, con seguridad, si su triunfo les aseguraba la posesión de una cosa, por canongía que fuese, habrán sentido el hastío, el plácido abandono que termina en cansancio.

¿Estaremos cansados de votar, los votantes españoles? Yo no tengo voto, pero á fé de casi niño que el día que traspase los años reglamentarios, el día que la ley me invista de ese ropaje ¡porqué el voto es un ropaje! y me autorice para depositar el papelito en la urna que por clasificación corresponda á mí distrito, brincaré, ó poco menos, de júbilo y no faltaré, aunque caiga nieve en copos como candidatos, á personarme en el colegio electoral.

A los tres años, yo y todos los contemporáneos míos haremos con las candidaturas pajaritas de papel, al amor de la lumbre, si es invierno ó al fresco del balcón si es en estío...

¡Qué ha costado mucha sangre! Mal suena la palabra afuera, pero peor suena dentro, mentira.

Nadie ha peleado por conquistar ese derecho, sopena de que también apuntamos como víctimas tuyas, á los pobres imbéciles que aún mueren por romper una urna ó la cabeza del candidato enemigo...

La gente soberana, se aburre soberanamente con su investidura; si les despojasen de ella, chillarían, pero por la sola razón de que nadie consiente que le toquen á un botón, si el botón es suyo.

El sentido común, les dice que por papeleta más ó menos no hemos de embotellar al mundo y por eso los buenos ciudadanos, que tiene puro en casa, á los tres años de ejercer el sacratísimo derecho, al amor de la lumbre si es invierno ó al fresco del balcón si es en estío, hacen pajaritas de papel con el emblema tipográfico, de la inatacable soberanía.

FERNANDO ISCAR.

Valladolid-15-11-905.

LIBROS Y FOLLETOS

La Revolución rusa

LEÓN TOLSTOY.—Castellá, editor

Rusia ha quebrado sus relaciones con Europa y auroleada de un rojo sangriento se ha unido en la noche de la Revolución.

El viento del Este trae gemidos agonizantes y chirriar de un imperio que se deshace en polvo; solo la voz clara del viejo divino que vive en Gaspra, y que allí canta su canción á la paz, es la que nos da una esperanza de dicha. Él que ha encontrado en el puro cristianismo la salvación de la humanidad entera, continúa predicando por todas partes la paz fecundadora, la paz sagrada. Sus palabras son palabras de pro-

feta que vé en las alturas la imagen del Dios creador, á cuyo deseo se orientan los pueblos y se derrumban los imperios, para que de su polvo se nutran otras gentes y nazcan otras ideas.

La Revolución en Rusia nos demuestra toda la labor que el viejo Tolstoy ejecuta en su país oscuro, en donde el alborar de la civilización ha despertado toda una lucha de comunistas y de autócratas. Cartas dirigidas al Zar y cartas dirigidas al pueblo, consejos de calma en unas páginas, alientos de victoria en otras es lo que Tolstoy ha reunido en su libro.

Clara y secamente le hace ver á Nicolás que los cien millones de campesinos rusos hartos ya de tiranía y rellenos de odio solo ansían hacer caer el régimen "aunque desconozcan para que quieren ser libres"; que no es la revolución un ondular de superficie del pueblo ruso, sino ola de fondo que se alza y amenaza caer sobre el gobierno, para descuajarle y destruirle, después de llevarle rodando de una á otra forma hasta deshacerle en arena. Y el único remedio que Tolstoy encuentra para detener la mole que amenaza caer de la montaña al llano es que el Emperador la dirija en su caer, que lleve la paz á los cien millones de campesinos rusos concediéndoles la socialización del terreno, la libre posesión de las estepas y de las huertas, para que así su voz de protesta se traduzca en grito de trabajo en ansia de reposo para hacer de su campo fuente propia de vida. Solo así dice Tolstoy es como puede volver sobre la Rusia el día claro de la alegría y de la paz.

Habla luego de la revolución de ahora, del oleaje ruso que se estrella contra las bayonetas de los infantes y contra los caballos de los cosacos, de los gritos de protesta que alzan las clases todas que integran el pueblo ruso; y se queja de que el mundo vea con el alma llena de tristeza el caer de los obreros sangrientos sobre el Neva y no levante su voz en contra de la guerra trágica á donde los generales asesinos han llevado á su pueblo para degollarle para destrozarle acaso con el deseo de que á su regreso á la patria el pueblo vencido se amilane y no grite en contra del imperio.

Con palabras llenas de una unción apostólica, Tolstoy invita á su pueblo á que no vuelva á coger en su mano el arma fraticida, á que piense en lo que son en sí las luchas, á que vuelva su vista al Cristo y beba en él el agua sagrada que ha de llevarle sosiego. Sólo en el cristianismo encuentra la salvación de la humanidad entera y para él pide tolerancia y amor.

M. DE RUEDA.

SECCIÓN PORTUGUESA

Gente Joven

ASGEMEAS

(ÁS MINHAS QUERIDAS IRMAS)

Perolas na mesma camelia engastádas,
Irmãs lagrimas divinas;
Attrahidas entre si, por mim amádas
Extremadas joias finas.

D'uma roseira abraçadas lindas flôres,
As mais castas açucenas.
Dentro d'almas santas os mesmos amôres
Em suas vidas eguaes penas.

E a Camelia branca, a mae amante crê
Serem poucas a venturas:
Carecen d'um ceo minhas filhas, mercê
De caras lindas e puras.

O melhor affecto, maternal desvêlo,
Dobrado amor do ceio seu
E' d'ellas. E ellas com particular zêlo
Amam quem amor shes deu,

AUJOCOFA.

Novembro de 1905.

DE LISBOA

CORRESPONDENCIA

Illmo. Excmo. Sr. Dr. da GENTE JOVEN:
E'honra demasiado grande o convito que me foi ficco para collaborar na magnifica revista GENTE JOVEN mas como estudante portuguez, apologista portanto da Fraternidade e Uniao escolares, esforçar-me-bei por saber corresponder a gentileza do convite adherindo com entusiasmo con vosso Edeal.

EVARISTO DUARTE GERALD.

Lisboa 1.º Novembro 1905.

GALAOR

Ella lá vem! Ella lá vem! Ella lá vem!

Onde estou eu? Ah! sim... Foi um sonho... 'inda bem

Sim... foi um sonho... foi... Mas que sonho e que vida!

Ah! eu nao posso mais! Minh'alma dolorida

E' uma chaga a sangrar sob um guante de ferro!

E' assim que deveis clamar no meu enterro,

O' soturnos trovoes!

Nao! eu nao posso mais!

Aperta-me a garganta um: cadeia d'ais,

Caem cidades, andam leoes n'esta cabeça,

E os espectros, que vejo além, na matta espessa,

Ameaçam-me de lá com coriscos no olhar!

Nao posso mais! Nao posso mais!

Vou incendiar

O palacio!

Será uma aurora de brazas,

E as chammas dar-me-ao um rutilo par d-azas

Com as quaes fugirei d'este poço de dores!

A noite se encherá de doirados fulgores,

Como ao sol brilhará o mar, e a cotovia

Ha-de cantar, cantar, crendo que rompe o dia!

De antever a fogueira, o meu peito jubila!

Vou ser livre! De mim, de Gudula e Sibylla,

D'este palacio immenso e d'aquella floresta,

Amanha, ao horror da lua branca e mesta,

Ao despontar do sol, só cinzas restarao,

E quem aqui passar, nao distinguirá, nao,

Das cinzas d'um monarcha as cinzas d'um pinheiro!

EUGENIO DE CASTRO.

(De O Rei Galaor).